

60 aniversario de la Facultad de Humanidades: una visión de casi cuarenta años

HERMINIO NÚÑEZ V.

PALABRAS PREVIAS

Sesenta años es mucho tiempo si tenemos presente la duración promedio en la vida del ser humano, pero es relativamente poco si tomamos en cuenta la presencia que hasta ahora tienen otras instituciones afines en la sociedad. La Universidad Autónoma del Estado de México tiene ya un lugar especial en nuestra entidad, pero su tiempo de servicio no es mucho si consideramos que la Universidad de Bolonia fue fundada en 1088 y la de París en 1096. Hago esta consideración porque me permite entender cuánto se ha avanzado en nuestra Facultad en apenas seis décadas en las que, como sucede con las personas, se les quiere y apoya agradeciendo el papel que juegan en la convivencia, pero a veces también se les discrimina y margina entorpeciendo su desarrollo. La sociedad es plural y pienso que debe serlo, porque sólo en la diferencia de pareceres y capacidades que logran unirse se puede aspirar a algo mejor, siempre y cuando se tome conciencia de las limitaciones del propio punto de vista y se advierta que es posible su enriquecimiento con las aportaciones de la visión de otros. En estas condiciones se da casi de manera espontánea una forma irrenunciable de crítica. Aunque esta palabra no tiene hoy buenas emanaciones y a algunos los pone nerviosos y los más tratamos al menos de evitarla. Pero no toda crítica es eliminable, menos aquella de la que parte el

esfuerzo por articular nuevas visiones que surgen como respuesta a nuestras necesidades e inquietudes. No hay sociedad perfecta, Todas han sido creadas por el hombre en sus inmensas posibilidades, pero también con sus flaquezas. Esta toma de conciencia es precisamente el núcleo que justifica y enoblece cualquier actitud o actividad que pareciera revoltosa, con mayor razón cuando se trata de los puntos de vista que ofrecen nuestras áreas de estudio, que, por algo, se les llama humanidades. Tarea nada fácil en tiempos de conformismo y replegamientos; tiempos en los que quienes tienen las riendas de los procesos presumen de una precisión más aparente que real y hablan acaloradamente de la certeza de sus directrices – pese a que la certeza no es en modo alguno hábito de la mente, sino cualidad de las proposiciones–; de lo que en realidad hablan es de la certidumbre, y en ella suelen estar de acuerdo en que las impresiones sensoriales constituyen el último límite del conocimiento, por tanto, sostienen que la “creencia razonable” no es más que una logomaquia. Conclusiones a las que el hombre del pueblo, en modo alguno de “letras”, adhiere como si estuviese siguiendo la luz del día.

Esta participación tiene un desarrollo oblicuo, es un ejercicio de recordar el trayecto y las peripecias de mi actividad centrada en el estudio de la literatura, de manera especial en su teoría. Es un borrador de cartografía personal y académica de algunas décadas, es una especie de autobiografía fragmentada, escindida, sesgada a una de mis aficiones. Su punto de partida no es otro que el inicio de la grata y enriquecedora relación que por casi cuarenta años he tenido con esta institución. Me es difícil iniciar estas líneas, porque en vez de abocarme al motivo que nos congrega, me limito a referir sólo una pequeña porción del mismo y de forma por cierto marcadamente subjetiva. No busco presentar una historia de la Facultad, porque los cronistas se encargan de escribirla, pretendo hacer el recorrido de parte de un pasado: la consideración de mi actividad académica, de mis emociones y perplejidades ante teorías literarias imperantes en un momento determinado y, en consecuencia, la no fácil delimitación de mi propia postura, sin soslayar, por supuesto, que mis actividades –no mi pensamiento– tienen un marco institucional. Se trata,

en efecto, de una especie de arqueo o balance de lo realizado; rendición de cuentas en primer lugar para mí mismo, pero en alguna medida también para mi Facultad, tal vez para algunos de mis colegas, alumnos y administrativos con quienes he vivido muchas horas. Es una forma de compromiso humano manifiesto no mediante determinada afiliación política o postura ideológica determinada –aunque me pregunto todavía si esto último es posible–, sino a través del trabajo académico y educativo, considerado en sí mismo como forma de militancia ética, social y civil.

En 1976 regresaba a mi país después de una década de ausencia que, si ésta no se hubiera dado, posiblemente bien podría hablar ahora del poco más de medio siglo que conmemoramos. Repito, me limito a referir una visión personal de lo que ha sucedido en una área de los estudios literarios durante algunas décadas de actividad docente, la consideración del tema se extiende a algunas décadas del siglo pasado y a lo que llevamos del presente.

Algo dicen de cierto quienes sostienen que pocos llegan a desarrollarse en la actividad para la que se prepararon en sus estudios. En la búsqueda de una ocupación, mis inquietudes e intenciones no eran tan definidas, en aquel entonces la idea que predominaba era de ocuparme en una agencia de viajes, pues me ha gustado viajar y estudié lenguas extranjeras modernas, pero también filosofía, teología, literatura y filología. En consecuencia, lo que en mis circunstancias parecía más viable y tal vez rentable era una vida de nómada, brincando de un lugar a otro; pero las eventualidades se decantaron por el mundo de la academia que, por cierto, puede verse como el otro extremo en mis entonces posibles ocupaciones, ámbito que ahora veo con más satisfacciones.

Pues bien, cierto día lluvioso, como suelen serlo en los meses de julio y agosto en esta ciudad, no pude postergar una de las decisiones importantes en mi vida, determinación de tal trascendencia como lo había sido la resolución de los estudios a emprender, entre otras. Esta vez se trataba de encontrar y asumir la responsabilidad de una ocupación. Caminando con un amigo por los portales de “la bella”, no ciertamente con la tranquilidad y la *nonchalance* que se percibe todavía en sus tranquilos visitantes, porque entonces aguzaba

los sentidos en pos de cualquier señal de oferta de trabajo, al mismo tiempo que cuidaba de corresponder a la cordialidad de mi amigo siguiendo la plática de manera adecuada. Esta doble atención se rompió cuando de manera fortuita nos encontramos con un alto funcionario universitario conocido de mi acompañante. Se saludaron, mi amigo me presentó y señaló que buscaba trabajo. Conociendo más datos de mi situación y con una afabilidad que no había esperado, el funcionario dijo: “¡Deje ya esa preocupación! Presente su solicitud con la documentación pertinente a la UAEM y después de un breve tiempo de trámites iniciará usted a trabajar”. De esta manera puse una cruz y RIP a mi imaginado futuro de viajero. Sin perseguirlo ni prepararlo de manera inmediata, triunfó otro de mis anhelos, el del conocimiento. Confieso que no me había imaginado como docente en una aula, pesaba más en mí el pasado de estudiante, periodo en que podía moverme de un lado a otro, experiencia facilitada por una serie de circunstancias como la del acceso a los Albergues de la Juventud, la posesión de una credencial que me otorgaba 75% de descuento en transportes... Pero la vida de estudiante no es perdurable. En fin, también la etapa de trabajo tiene sus recompensas, la labor académica tiene sus hechizos que introducen en nuevas formas de ver el mundo y mantiene viva la chispa de la indagación, la imaginación y la innovación; da grandes facilidades de construir la propia vida, aunque hay que admitir que esto sucede en la medida que su retribución lo permite.

UNA AMALGAMA DE FILOSOFÍA Y LITERATURA

En la visión que había, tan ostentada hasta hace poco, de las disciplinas del conocimiento con su respectivo campo bien delimitado y distinto a cualquier otro y con objetivos precisos, se diría que lo que he venido haciendo es una especie de contrabando, porque es una reflexión de filosofía y literatura en la mayor parte de casos; de literatura e historia, sociología, psicología en otros. Posiblemente, pero ¿no acaso en el estudio de un texto literario, al igual que en el conocimiento de la realidad y de nosotros mismos recurrimos a

algunas o muchas de estas disciplinas? No quiero adelantarme, esta pregunta da para mucho y algo de ello lo veremos en las siguientes páginas; lo que por el momento deseo indicar es cómo inició la curiosidad por un aspecto en el estudio de la literatura. En parte, considero que esta elección se debe a los estudios que realicé, pero he dicho que mi primera intención era la de recorrer los recovecos del mundo. Ciertamente, pero una vez que mi ocupación se definió en el campo académico, tuve que hacer un cotejo de mis herramientas y sobre todo de mis deseos y ambiciones. En ese entonces me llamó la atención un territorio o, mejor, un espacio interyacente en que juguetean y hasta coquetean dos entusiasmos que me mueven por igual: el de las ideas y el de la belleza. Para caminar por este territorio contaba con algunos medios, pero sobre todo con gran curiosidad, porque ¿qué es la teoría literaria? Puede considerarse como una visión especulativa, abstracta de las características del fenómeno literario, pero esta definición abre la puerta a muchas interrogantes, es general y sobre todo en nuestro caso depende de cómo se la trabaje, porque en los estudios literarios no parece viable practicarla como se emplea la teoría en otras disciplinas que la ven como serie de leyes y, por otra parte, la literaria tiene como base –que muchas veces se desconoce–, unas ideas, una forma de pensar y algo más; por eso hablo de ella como de un intersticio o espacio interyacente entre las ideas y la obra de arte. Pero esto es algo complejo, trataré de seguir un orden en su consideración.

¿TRAS LOS INICIOS DE LA TEORÍA LITERARIA?

Se pensaría que desde que hay literatura ésta va acompañada de su teoría, pero podría decir que la teoría literaria es reciente. En nuestro contexto histórico-cultural pensamiento y literatura todavía se contraponen abiertamente. *En passant* y regresando al evento conmemorativo, recuerdo que cuando comencé a trabajar me llamaba la atención la visión imperante que había de las diferentes licenciaturas que conformaban la Facultad: en esos años era fácil escuchar a quien exaltaba la propia área de estudios y en casos hasta la consideraba su-

perior a las otras. En alguna ocasión escuché a un historiador decir en relación a un texto que éste era más bien un texto literario, sin rigor, sin fundamentos ni objetividad, porque para ser histórico un texto debería ser científico. ¡Cuánto ha cambiado el mundo desde entonces! pienso para mis adentros, o ¿estamos todavía en tiempos de Hempel? Y no hace más de un año, se repitió esta discriminación en comentarios posteriores a un examen de filosofía: entonces se hacía mención de la levedad de opiniones que no correspondía a la concisión de conceptos ni a la claridad de ideas del pensamiento filosófico. ¿Estamos cambiando? Me doy cuenta que ahora la manera de ver estas disciplinas registra algún cambio. Aunque también se mantiene la tozuda e indiferenciada exigencia de objetividad. En aquellos primeros días de trabajo observaba que en los estudios de literatura casi no se tomaba en cuenta o en manera alguna se incluía en la trayectoria del estudiante la teoría literaria. Esto era algo muy comprensible en esos tiempos en los que urgía establecer planes de estudio y lo que ello conlleva, pero principalmente se entendía por condiciones más generales. Recuerdo que cuando me asignaron las ahora llamadas unidades de aprendizaje que debía impartir, solicité me facilitaran los programas correspondientes. La respuesta fue inesperada: los programas son elaborados por el maestro. En otras palabras, no había programas oficiales. Me refiero a hechos del año 1976. Por necesidad y por fortuna, un año después se llevó a cabo un coloquio en el que se dio un paso importante en la elaboración de los planes de estudio y en otros aspectos inaplazables en la actividad académica, por cierto, en circunstancias que distan mucho de las que ahora tenemos.

Regresemos a los inicios de la teoría literaria. En su *Metafísica* Aristóteles nos dice que el pensamiento (la filosofía) nació sólo de la maravilla. Y un poco atrás en el tiempo, en el Libro VII de la *República*, Platón presenta el mito de la caverna en el que trata el dilema de la unidad/heterogeneidad, señala que el filósofo se dirige hacia el ser que se esconde detrás de las apariencias y que el poeta, en cambio, queda confinado en ellas. Desde entonces filosofía y poesía se bifurcan: la filosofía va en pos de la claridad del conocimiento, es continua búsqueda, urgente pregunta guiada por un método, es un querer

ser y en consecuencia, en ella no se encuentra el hombre completo, por eso mismo es un esfuerzo metódico por captar algo que no tenemos. Pero en la poesía tampoco se encuentra la totalidad del ser humano. Diríamos que estamos hablando de dos formas incompletas, de dos partes de lo humano. En la filosofía tenemos al hombre considerado en su historia universal, en ella aspiramos a formarnos su idea, lo que en él se presume como permanente, como idéntico y generalizable. En la poesía, en cambio, nos topamos con el hombre concreto, individual y con toda su complejidad. Esta escisión que no aparece, al menos de manera tan manifiesta, en el mundo presocrático, con Platón se inicia y se mantiene hasta nuestros días; y no en una misma tasación, porque en esos inicios se dio una especie de condena de la poesía. Desde entonces, la razón estatuida por los filósofos ha tenido dominio decisivo en la conciencia, de manera que lo no racional o es subyugado por la fascinación que causa la racionalidad filosófica o se ve obligado a rebelarse y seguir senderos no prestigiados. Pero cuando la filosofía decidió ser razón en pos del ser, el que expresado en el logos nos indica la verdad, se percibió también que hay algo más en el hombre que no es sólo razón o, al menos, la razón filosófica. En ese momento, cuando el filósofo se dio cuenta que la poesía le escapaba, la desterró, apunta María Zambrano. Así, la condena platónica de la poesía y del poeta, aceptada después por aquellos que en los siglos se han hecho fuertes con las “opiniones dominantes”, ha sido poco comentada y menos difundida. En la *República*, donde se establecen las bases de la sociedad perfecta, en ese proyecto, la poesía es excluida porque va contra la justicia y contra la verdad. En efecto, el título del diálogo platónico es *La República. o de lo justo*.

El descubrimiento del ser es el hallazgo griego por excelencia, y de éste procedió la vulgaridad del “sentido común”, como si éste hubiese sido capaz de captarlo. Platón es fiel a este descubrimiento hasta sus extremas consecuencias, por eso privilegia como suma virtud la justicia, que es el correlato del ser en la vida humana. En esta prospectiva es fácil entrever que no hay razón para que algo le sea independiente, que se separe del todo rompiendo la armonía. Entonces, lo que no es razón es mitología, engaño que adormece,

falacia; sombra de la sombra en la pétreo pared de la caverna. Pero hay que considerar aquí que la justicia platónica significaba humanización, en cuanto la República era la ciudad construida por el hombre con la razón –primer estadio de la importancia central de esta última–, la *polis* era la concreción de la independencia humana de los dioses tiranos, era el recinto que el hombre construía para la realización de su ser. En aquel entonces aún no se pensaba en el hombre individual, en la a veces brillante, pero también débil, pálida y compleja realidad de cada hombre. En ese entonces, como relegada que era, de la literatura no había una visión de considerable sondeo y todavía menos se contaba para ello con apoyos técnicos. En la grandiosidad de la cultura griega, no obstante, su espléndida literatura y su gran capacidad filosófica, sus ciudadanos cultos no tuvieron una teoría de la literatura, hubo que pasar mucho tiempo para que ésta apareciera –al menos como ahora la conocemos– en cuanto invención del siglo xx, concebida como un espacio de investigación donde la visión del fenómeno literario se trenza permanentemente con las técnicas. Este hecho es el que distingue precisamente la teoría de la literatura tanto de la crítica literaria como de la estética.

La indagación y esfuerzos por articular una visión del fenómeno literario, que conlleva cierta hibridación de conceptos y técnicas de análisis ha cambiado radicalmente nuestro modo de leer e interpretar los textos literarios. Pero como sucede con los descubrimientos que se quieren para un fin, estos también son lábiles a otros propósitos y a dificultades que no eran deseadas. La aparición de la teoría literaria fue ciertamente un notable adelanto, pero podríamos hacernos varias preguntas: ¿para cuántos?, ¿hasta cuándo? Porque desde su aparición se abre una brecha entre quienes se sirven de ella y quienes no pueden hacerlo y, además, ahora ya no goza de la vitalidad que tenía en los años sesenta y setenta del siglo xx. La dificultad de acceso a problemas complejos y de dominar un conjunto de herramientas cada vez más complejo, ha sido también para algunos el pretexto para quedar anclados a los viejos hábitos mentales (en algunos casos con cierto disfraz): se han preguntado para qué asimilar fatigosamente terminologías y procedimientos abstractos y laberínticos

cuando la experiencia personal es suficiente y además nos señala que la belleza es accesible por vía inmediata. Pero en contraparte otros consideran que sin la teoría no hay fruición de la literatura. Lo que ciertamente no podemos pasar por alto es que con la teoría entramos en lo que se llama la *episteme*, que no es ciertamente el espacio de las opiniones definitivas, de la verdad que se atora en sí misma, sino que, por el contrario, conforma un nuevo espacio de trabajo, que es el de la dimensión de la investigación.

Por mucho tiempo la estética, aun cuando no tenía este nombre, ha sido una disciplina de carácter casi exclusivamente conceptual, ignoraba los conceptos técnicos; pero en el siglo xx algunos autores se dan cuenta de que esa estética conceptual es anacrónica. Entonces se realizan importantes cambios como los propuestos por Heidegger o Derrida, por nombrar algunos, que prestan gran atención al lenguaje y realizan un ejercicio de análisis textual impensable en épocas precedentes. Si en el caso de Heidegger se trata de simple atención al lenguaje, en Derrida hay la conciencia de que se trata de algo irreversible: la filosofía debe confrontarse con la técnica, debe evidenciar sus presupuestos implícitos e ir al terreno del análisis textual para poder indicar alternativas al descriptivismo.

Ahora bien, afirmar que la teoría es visión, no se quiere con ello limitarla a la intuición inicial, a la imprevisible apertura prospectiva; la intuición, en efecto, caracteriza también a la buena crítica literaria. En el caso de la teoría, la visión es más bien el acto inaugural de una reflexión confiada a los conceptos.

Sabemos que de por sí las técnicas son áridas, pero su uso puede ser productivo y placentero. Esto último sólo en el ámbito de una dinámica interpretativa que no es una simple “aplicación”. Una interpretación no es el resultado de una opinión aplicada a un texto, ni es la presión subjetiva ejercitada por el yo, o un apremio como el que nos señala el psicoanálisis. El problema es que en la práctica las “opiniones aplicadas” son más numerosas comparadas con las verdaderas interpretaciones en las circunstancias actuales de la docencia y en la situación cultural en que nos movemos. En los años setenta del siglo pasado, en el momento culminante de la teoría, se oía decir que ya para esos

años la teoría literaria había creado una gama de medios (entiéndase técnicas) tan amplia, misma que está a disposición de cualquier usuario, al grado que éste puede escoger las que le convengan para ennoblecer la mediocridad de sus discursos. Parecía que la teoría literaria en esta acepción había llegado para quedarse. Opinión que podemos considerar exagerada si no es que hasta ingenua y petulante, porque después, poco a poco, esa exaltación fue amainando en consonancia con nuevas formas de ver no sólo la teoría literaria, sino el pensamiento occidental mismo y la importancia del lector. La conocida frase “Todo lo sólido se desvanece en el aire” y otros hechos, motivó muchos cambios y al inicio del siglo XXI la teoría de la literatura es vista en la mayoría de los casos como un conjunto de perspectivas, de problemas e instrumentos. Como en otros campos, en éste no hay verdades indiscutibles y, entonces, también debería desvanecerse la simple y mecánica “aplicación”, pero esta persiste en buena medida por otros motivos. En este caso, lo importante es no olvidarse del carácter problemático de conceptos y planeamientos, porque gracias a ello, el intérprete escoge en cada caso las técnicas más apropiadas y fecundas, de manera que pueda ver en el análisis textual tanto la posibilidad de una nueva interpretación, como también la ocasión para comprender el significado y potencialidades de los medios técnicos y de su apoyo conceptual. Ahora podemos observar que hay creciente interacción y circularidad entre visión, problemas, conceptos, instrumentos y trabajo de análisis. De modo que el ámbito de la teoría literaria puede verse como una mina en que la actividad es intensa, donde no hay sólo una dirección y hay en cambio muchas arquitecturas, ninguna de ellas completa y suficiente. Todas sus obviedades han sido discutidas, aun las más tenaces. Nos hemos liberado del binomio “forma/contenido”, y no sólo porque una disciplina como la semiótica menciona entre sus objetivos de análisis las formas del contenido, sino porque se ha comprendido que un texto literario no es expresión que vehicula un significado o un mensaje como lo hacen otros lenguajes; se ha visto que la concepción estática, lineal y vehicular debe ser abandonada por simplista y paralizante.

En el campo que nos ocupa, la investigación ha tomado nuevos cauces motivados por hallazgos a los que trataré de dar relieve. El texto se estudia ahora con frecuencia como dispositivo dinámico, se considera la interrelación y combinación de sus elementos y sus posibles interpretaciones. La linealidad es la cubierta aparente, el límite es siempre superado y deshecho por relaciones no lineales: el texto es una superficie, no una línea, como nos induce a pensarlo la necesidad de leerlo de manera secuencial, es decir, frase después de cada frase, parte por parte en orden sucesivo. Ya no se ve el texto como una superficie rigidamente delimitada, porque sus relaciones intertextuales forman parte, al menos en cierta medida, de su identidad. Ahora se emprende una visión relacional del texto, se le considera como construido por relaciones, éstas determinan la identidad de sus elementos.

En líneas anteriores he dicho que una innovación abre diferentes posibilidades, positivas, menos positivas y también problemáticas. En esta nueva concepción del texto literario hay mucho que aclarar, con este propósito se pueden plantear preguntas como las siguientes: ¿cuáles son los tipos de relaciones constitutivas de un texto?, ¿son éstas homogéneas?, ¿el texto es una máquina heterogénea que funciona gracias a las diferencias y al conflicto entre perspectivas y estilos diferentes? La inquietud expresada en estas interrogantes nos permite sopesar hasta dónde una propuesta teórica es viable. Por ejemplo, se puede constatar que el estructuralismo de relaciones homogéneas no podría encontrarse con el psicoanálisis y con la teoría de la interpretación que en su base alientan Nietzsche y Heidegger. Señalo esto no porque el psicoanálisis y estos autores sean la clave a seguir, sino porque sus aportaciones no sólo siguen todavía con gran vigencia, también y sobre todo, porque siguen abriendo posibilidades. Este estructuralismo gramatical y prudente, mantiene, al parecer sin darse cuenta, la concepción vehicular de la literatura, aun utilizando nuevas técnicas. En este caso la cuestión decisiva es que en esta visión del texto como homogéneo, su análisis textual distingue niveles, pero no conflictos, descompone o, como se suele decir, desmonta el significado en sus unidades más pequeñas que son los rasgos semánticos elementales, pero ignora la heteroge-

neidad entre regímenes semánticos. En cambio, otras propuestas, como las de Barthes y Lacan, han reconocido la heterogeneidad del texto, su pluralidad y hasta sus cesuras en cuanto son elementos constitutivos; así, su línea de investigación o de planteamientos les permite relacionarla con otras propuestas, como la de Bajtín o la de Heidegger. Tanto la estética de Nietzsche como la de Heidegger son estéticas de conflicto, en ellas se da la tensión entre lo apolíneo y lo dionisiaco, entre el mundo y la tierra; el psicoanálisis es una teoría del sujeto dividido no simplemente en partes (id, yo, superyó), sino también en modos de pensar, en regímenes lingüísticos y lógicos: para Bajtín, por ejemplo, la lengua se forma del conflicto entre un principio monológico y un principio dialógico; para Lotman, un texto vive gracias a la diferencia al menos entre dos lenguas, heterogéneas y sólo parcialmente traducibles entre sí. Todas estas propuestas se ven claramente como provocadoras, se les presta poca atención, pero porque no parecen aportar a la anhelada armonía y tranquilidad que de manera trunca y roma se busca conseguir. En el contexto de las últimas décadas, palabras como lucha, conflicto, ruptura, causan miedo, suscitan desconfianza, se perciben como intrínsecamente agresivas y hasta ajenas, se les considera provenientes de otros lenguajes, como el de la política; entonces, en nuestro medio se opta por acentuar su función metafórica. En su lugar se prefieren otros términos o circunlocuciones que evitan la brusquedad de la experiencia que, esa sí, sin posibilidad de esquivarla hiera. El término ruptura tiene el efecto de inquietud, causa preocupación, pero evitándolo no se consigue otra cosa sino hacer pensar que se pretende ocultar el sol con un dedo.

De cualquier manera, hay que aceptar que la visión relacional del lenguaje y también de la obra de arte caracteriza al pensamiento de los últimos tiempos, y esto ha facilitado que hoy hablemos con frecuencia de sincronías, intertextualidades y de otras consideraciones. Esta visión es revolucionaria e indica la importancia del eco que consiguió el *curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure.

Sin embargo, en los países donde se hace teoría literaria, principalmente en Francia, a lo largo de los años ochenta, la teoría literaria perdió progresiva-

mente importancia. Roland Barthes falleció en 1980, Jacques Lacan en 1981 y Michel Foucault en 1984. Después de sus revolucionarias propuestas la atmósfera cultural cambió rápidamente, a la par del cambio político-económico de esos años. En el campo que aquí interesa, la escena ahora es ocupada en parte por una vieja mentalidad, pero camuflada, cobra importancia progresiva el debate posmoderno con cierta vaguedad pre-teórica y, entonces, de la teoría con sus planteamientos de rigor sistemático que en gran parte hereda de la lingüística, se regresa a la conversación y a la ideología con dos variantes principales: en la primera podemos considerar a aquellos que creen o fingen conocer la teoría, la convierten en un ícono a clicar para extraer una cita, un eslogan o una breve síntesis. Así, la teoría se ve transformada en norma o disminuida a nivel de mera opinión, y la referencia a las autoridades en la materia se caracteriza por la rapidez que facilitan los medios y por la forma sintética de la entrevista televisiva. En la segunda variante hubo una generación de críticos para quienes la teoría de la literatura, por la complejidad de sus problemas y tecnicismos, era fuente de infinitas humillaciones y frustraciones; de manera que cuando la teoría pasó de moda, esta generación recobró espacio y desde entonces se siente libre de camisas de fuerza y produce las opiniones que conocemos.

¿QUÉ SUCEDÍA, MIENTRAS TANTO, EN NUESTRAS LATITUDES?

Tal vez ahora, gracias a los avances en la comunicación, podemos saber casi al instante lo que está sucediendo en Japón o en Europa, en Alaska o en la Patagonia, con la mención de estos lugares quiero decir que sabemos lo que sucede en todas partes donde hay medios de comunicación; pero en esta información inmediata las realidades intercomunicadas mantienen sus peculiaridades. Se ha dicho que hoy día da lo mismo caminar por las calles de Nueva York, Hong Kong, San Petersburgo o cualquier otra ciudad del orbe, porque sentimos y observamos casi lo mismo en todas ellas; tal vez esto es cierto en algunos aspectos, como en las prendas de vestir que las poderosas marcas de producción

han colocado en todos los ángulos por haber del comercio; o como también podría decirse de la gastronomía, dado que ciertamente en cualquier urbe de relativa importancia podemos encontrar el llamado menú internacional, pero aún en éste, nos damos cuenta de que algún elemento de la condimentación u otro aspecto de su preparación no es el mismo, tiene algo propio de ese lugar. Algo semejante se puede constatar en el ramo del vestido. Por otra parte, si el viajero opta por ordenar algo del menú internacional, posiblemente no está aprovechando una de las oportunidades que tiene como visitante. En el caso de la ropa, sucede que aun sabiendo que determinado artículo se puede conseguir con facilidad en el propio país, sin embargo, sin importar las molestias del sobrepeso y otras más, lo compramos en el lugar visitado, por algo lo hacemos. El mundo sigue siendo amplio y diverso y no deja de ser una tentación. Además, podemos valorar mejor nuestra cultura e idiosincrasia si tenemos conocimiento de otras. La comparación puede evitar tanto el engreimiento, el chauvinismo, como también el malinchismo.

En cuanto a la teoría literaria sobra decir que es difícil hablar de lo nuestro. Somos dependientes, ¡hecho innegable! Éste es un escollo que en alguna medida debemos tomar en cuenta. En una primera consideración y observando, por ejemplo, los planes de estudio, se podría pensar que la teoría en cuestión es una y vale en cualquier parte, pero ya el mismo Platón excluía la literatura del ámbito de las ideas universales. Por otra parte, si se habla de literatura universal es porque ésta se entiende como estudio de rasgos generalizables, pero que efectivamente se dan en las literaturas de las diferentes lenguas, tiempos y lugares, sean estos nacionales, regionales, etc. Estas cuestiones suelen presuponerse y no dejan de ser huidizas, resbaladizas, como lo es el caso del canon literario y otros. He señalado que hacia finales de los años sesenta no había en nuestra licenciatura un área de teoría literaria, esto en aquel entonces lo notaba por contraste, porque había vivido el auge de las propuestas de Roman Jakobson mediante las actividades de su promotora la Dra. K. Pomorska, había sentido la efervescencia que entonces causaban el grupo Tel Quel, Émile Benveniste con sus interesantes observaciones y, por

supuesto, Roland Barthes; todos ellos y otros eran dueños y señores de los eventos organizados sobre teoría literaria en mis años de estudio. Esa efervescencia no se conocía cuando llegué a la UAEM. ¡Todavía no era tiempo para ello! Sin embargo, el lapso de espera no fue largo y de pronto las editoriales iniciaron a publicar libros y revistas sobre teoría literaria y, no quiero decir que sólo por este motivo, pero ésta llegó a las aulas, de manera acelerada y acompañada de otros cambios. Tímidamente se tomaba conciencia también de que las humanidades están interrelacionadas. Me vienen a la mente algunos nombres de colegas que con frecuencia abordaban esta cuestión. Se ha dicho que el filósofo va detrás de la unidad del ser, de la singularidad absoluta, sin interferencias de lo múltiple, y también se dice que la literatura se ocupa de la –desdeñada– multiplicidad; pero en la literatura también se anhela la unidad, sólo que ésta siempre es incompleta y deja vivo el deseo del poeta quien, consciente de ello, vive con su frágil ganancia. De la sentida carencia deriva la sacudida que nos provoca cada poesía lograda, su fruto es esa estela que deja detrás de sí y que nos induce a seguirla. Como se ha dicho vulgarmente, “todos tenemos algo de filósofos, poetas y locos”. Y tal vez de ello es ejemplo el mismo Sócrates: la imagen que circula del maestro vagabundo, del pensador errante nos hace pensar y preguntarnos - como alguien ya lo hizo en este país en sus años de exilio– ¿cuál era su profundo y llamativo saber?, ¿cuál era la fuerza que hizo de su vida algo tan bello e ilustre? Porque si este personaje decía que la filosofía es una preparación a la muerte ¿por qué ya no se ocupa sólo de ella justamente cuando llega en proximidad de la muerte y casi al punto de atravesar el umbral, se muestra en cambio como poeta? ¿Se ocupaba en esos momentos tal vez del atisbo de “algo más allá” contemplado por la filosofía, pero de algo que es allegado sólo por la belleza poética, de algo que no puede ser demostrado sino sólo sugerido, algo que expande el misterio de la belleza sobre las razones? En verdad necesitamos de la filosofía, de la literatura y de otros saberes –a veces también de la locura– en la endeble e inacabada unidad de nuestro día a día.

¿Por qué también necesitamos un poco de locura? Me refiero a ella en su faceta aceptable y positiva, que tal vez se exprese mejor con palabras como osadía o audacia. Hasta hace algunos lustros nuestra economía dependía del recurso petrolero, dependíamos de un elemento natural y no se tenía el coraje de explorar e inventar otras fuentes de ingreso, porque, ¿para qué inventar si otros –tal vez considerados superiores– ya lo hacen? Ahora somos un país maquilador, todavía no nos decidimos a dar mayor fuerza al “foquito de nuestra invención”. ¿Qué nos hubiera sucedido en estas fechas si indolentemente hubiéramos seguido viviendo del petróleo? Algo semejante sucede en el campo de la teoría literaria por la que se nos ve como neocolonizados.¹ Hemos venido usando algunas herramientas ya en desuso en las metrópolis y, lo más importante: si al tradicional enfoque causalista, se le considera sin contexto, esta práctica aísla la serie literaria del punto donde se coloca el observador o el lector; ese punto puede residir tanto en las series sociales principales como en las series secundarias. En ocasiones, de manera acrítica, hemos difundido como verdades ciertas suposiciones o malentendidos. Y ya que la convocatoria para participar en este evento acepta también anécdotas, termino mencionando una relacionada con la teoría literaria, para indicar con ello los extravíos a los que podemos llegar.

Ciertamente ya habíamos escuchado hablar de la impersonalidad en el arte y de aspectos semejantes, como sucedía con la doctrina vagamente heredada del realismo flaubertiano (ser como Dios en la creación, invisible y omnipotente) o más fundadamente derivada de una poética mallarmeana de la ausencia de sí (la desaparición elocutoria del poeta); lo que referiré nos es por cierto más cercano: se decía que los autores de vanguardia en los años

¹ De manera semejante a como en circunstancias diferentes veían los formalistas la historia literaria en relación a otras disciplinas, principalmente en relación a la psicología. A este respecto, J. Timianov decía: “Entre todas las disciplinas culturales, la historia literaria conserva el estatuto de un territorio colonial. Está dominada en gran medida (sobre todo en occidente) por un psicologismo individualista que sustituyó los problemas literarios propiamente dichos por problemas relativos a la psicología del autor. Dicho psicologismo reemplaza el problema de la evolución literaria por el de la génesis de los fenómenos literarios” (J. Timianov, *Sobre la evolución literaria*, en T. Todorov, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Siglo XXI, México, 2002, p. 89).

sesenta y setenta en Francia, precisamente en el periodo de mayor esplendor de la teoría literaria, los propulsores del *Nouveau roman* y especialmente los integrantes de 'Tel Quel negaban el yo narrativo. Según una amplia opinión, señala Philippe Forest, profesor universitario y novelista, al inicio de los años ochenta se agotó la fuerza impulsora de las vanguardias e inició un periodo de reflujó en que la primera persona narrativa reencontró su legitimación. Pero esta interpretación no tiene fundamento, agrega el mismo Forest, porque ni en los textos de Alain Robbe-Grillet y de Philippe Sollers, que se leían como los más encaminados de manera programada hacia una narración objetiva, el yo nunca fue excluido. Esto lo afirma Robbe-Grillet en una entrevista publicada en *Almanacco 2003*, donde dice: "La idea equivocada según la cual yo habría eliminado sujeto y personaje en favor exclusivo del objeto, nació de una banal equivocación en la época de mis primeros libros. Roland Barthes, en un escrito sobre mi producción, cuando todos me atacaban y se me oponían, afirmó que yo tenía el objetivo dirigido hacia el objeto. Pero entonces no se entendió que aquel objetivo era el de la cámara fotográfica, y se pensó que Barthes había querido decir que yo tendía a la objetividad". Cuando en los años ochenta estos mismos autores son de una escritura en la que es manifiesta la presencia del Yo, comenta Forest, no es que se tratara del descubrimiento de una dimensión más personal, ni mucho menos se pensó que fuese un brusco cambio de ruta en relación a un pasado de vanguardia, se vio más bien como una etapa en la que emergía aquel yo que se había mantenido tal vez envuelto en ausencia en toda su producción precedente. No es que haya muerto.²

Efectivamente, un malentendido puede causar revuelo y posturas que tienen algún eco. Sabemos que el yo ha tenido siempre detractores en la escritura, se le ha juzgado odioso, incomprensible y hasta inexistente. Se le ha visto como la ficción más insidiosa, como la pasión más vana. El egotismo sobre el que tradicionalmente pesaban sospechas de naturaleza ética, se ha puesto en discusión desde un punto de vista estético cuando la modernidad textual

² Cfr. Forest, Philippe (2001) *Le roman, le je*. Éditions Plein Feux, Paris. Trad. it. de Gabriella Bosco *Il romanzo, l'io. Nella vertigine della identità*, RCS libri, Milán, 2004, p. 7.

que deriva del romanticismo más radical ha interpretado la obra como un espacio del que se ausenta el sujeto, la ha visto como la experiencia desnuda de una palabra anónima, espléndidamente autónoma del mundo. La mayor parte de críticos de esta tendencia ha denunciado la hegemonía del yo como una regresión hacia las formas más narcisistas del psicologismo literario. Esta actitud se explica en la historia de la literatura como una reacción a determinado estado de cosas, y entonces queda formulada la pregunta sobre si en verdad pueda existir una obra sin sujeto.

Si entendemos la teoría como elemento necesario en la interacción crítica y constructiva en los grandes temas —no solamente literarios— de la contemporaneidad, entonces cambia necesariamente su visión y, en nuestro caso, ya no se puede sostener que se trata de una serie de reglas y procedimientos que se deben cumplir en el estudio del texto. Los problemas (a veces de un espacio y tiempo determinados) nos los presenta el texto, los instrumentos para su solución en parte derivan de éste, pero también dependen del investigador, según su perspectiva de trabajo, determinada principalmente por sus circunstancias, por su preparación y capacidades, etc. Procediendo de esta manera damos ciertamente importancia central al texto estudiado que bien (su lectura) puede representar hasta una reacción implícita a determinada teoría, pero aunado a ello la participación del lector no deja de ser decisiva, al igual que la del autor, ellos son la base indispensable de la multiplicidad de lecturas que puede tener un texto. Sólo en la consideración de esos tres factores estaríamos en verdad persiguiendo una nueva lectura y revitalizando la importancia de la teoría en nuestros complejos derroteros de conocimiento y convivencia. Rüdiger Bubner ha explicado que Aristóteles vio con claridad cómo todas las sociedades humanas forman un *ethos* que procede de sus condiciones de vida dadas y se reconfigura en virtud de la transformación de las situaciones conservando, una y otra vez, su función de posibilitar la acción colectiva.³ Lo que Aristóteles percibió en relación al *ethos* incluye, creo, a las visiones teóricas que elaboramos

³ Bubner, Rüdiger, *Acción, historia y orden institucional. Ensayos de filosofía práctica y una reflexión sobre estética*. Fondo de Cultura Económica de Argentina y Universidad Autónoma Metropolitana 2010, p.17.

en casos específicos. La teoría no viene de lo alto, ni de la determinación de algún sujeto privilegiado. Ciertamente se transmite por la educación y algunas se mantienen vigentes por bastante tiempo, pero se actualizan siempre a cada momento de la acción concreta, posibilitando el establecimiento de un vínculo entre los actores e incluso la identidad de estos. La teoría literaria es un elemento social e histórico.

Para concluir esta participación desearía señalar que en pocos años la Facultad de Humanidades de la UAEM ha crecido y ha tenido una evolución como la tienen muchas instituciones, con altibajos, pero con vida en el fluir del tiempo. La apreciación de lo que ha venido siendo y haciendo obviamente es variada, pero en momentos como el de esta celebración en que se recuerdan éxitos y derrotas, también podemos avivar la inquietud de seguir buscando, porque nos toca defender, ~~de~~ difundir la idea y el ejemplo de que la cultura no es un simple ornato de las personas o de las sociedades, sino que tiene un espacio imprescindible, verdaderamente central, que es diferente, pero no separado ni alineado al del mercado. En nuestros días parece necesario aguijonear la adormilada práctica de pensar y apreciar por nosotros mismos, alentar el discernimiento como ejercicio fundamental al interior de estos muros donde se prepara la juventud para poder desarrollar la propia vida responsable en la sociedad. Los miembros de esta comunidad, los que llevamos algún tiempo en ella y los que año tras año egresan, no podemos esquivar ser conciencia y voz pública en el áspero contacto con la realidad, en la circunstancia neurálgica en donde se mide el valor afirmativo de nuestra actividad diaria. En estas páginas me he referido sólo a lo observado en una porción de los múltiples quehaceres que tenemos, creo que en ellos paulatinamente va quedando atrás la actividad repetitiva y va apareciendo la imagen de una institución que se estudia y estudia su derredor para un crecimiento con visión.

FUENTES DE LA MODERNA TEORÍA DE LA LITERATURA

En esta sección del trabajo el tono es un poco diferente y académico, cambio insoslayable dado que su contenido precisa de fundamentación y ordenamiento para su aceptación. En esta perspectiva, si queremos delinear el recorrido que ha tenido la moderna teoría de la literatura desde sus inicios, podemos constatar que ésta también¹ tiene como bases principales a tres autores: Ferdinand de Saussure y su lingüística, Sigmund Freud y su psicoanálisis y Martín Heidegger y su estética y filosofía del lenguaje. El punto de partida en este caso es sin duda el *Curso de lingüística general*. Este texto es la puerta de entrada a una nueva etapa de los estudios lingüísticos y literarios por varios motivos que no solemos tomar en cuenta, pero que los especialistas tienen bien presentes: según Lepschy, el impacto que causaron las propuestas de Saussure se manifiesta en “la potente fascinación que ejercieron sus dicotomías” o “parejas de nociones antitéticas”, que ofrecen claves para entrever aspectos centrales en el funcionamiento del lenguaje.⁵ Estas parejas antitéticas son “langue y parole” (lengua y palabra o ejecución), “sincronía y diacronía”, “significante y significado”, “sintagma y paradigma”. De ellas la más importante es la primera. El mismo Saussure en un coloquio de 1911 la señaló como la “primera verdad” en su sistema de lingüística general, misma que Hjelmslev definió en 1942 como la “tesis primordial” del *Curso*.⁶ De Mauro señala también que Saussure en su tercer curso presentó la arbitrariedad del signo como primer principio.⁷ El orden de presentación es aquí importante, dado que Saussure menciona dos diferentes concepciones de arbitrariedad del signo: una arbitrariedad-convención (tradicional) y otra muy original que es la arbitrariedad sistémica. Esta es la gran novedad que hace posible la teoría literaria en el siglo xx. Saussure sostiene que la lengua es el reino de las

¹ Con frecuencia se menciona a tres principales innovadores del pensamiento moderno: Nietzsche, Marx y Freud.

⁵ Lepschy, C. Giulio, *Sulla linguistica moderna*, il Mulino, Bologna, 1989, p. 16.

⁶ Cfr. De Mauro, Tullio, *Introduzione e commento a F. de Saussure. Corso di linguistica generale*, Laterza, Bari 1970, p. 386.

⁷ *ibidem*.

articulaciones. Este autor hace notar que tanto filósofos como lingüistas han reconocido siempre que sin la ayuda de los signos no podríamos distinguir dos ideas de manera clara y constante: “Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está delimitado necesariamente. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua”.⁸ Señala que si nos referimos al mundo de los sonidos nos encontramos con una situación análoga. Con este entendido, en el indiferenciado flujo de ideas y de sonidos la lingüística establece articulaciones, mediante una serie de ‘cortes’ y subdivisiones que instituyen los signos. No hay ideas preexistentes para las que debemos encontrar secuencias de sonidos, nombres o etiquetas. Las ideas son circunscritas y delimitadas recíprocamente en el instante mismo en que el plano indeterminado de sonidos es fraccionado en porciones que también se delimitan recíprocamente. Saussure dice que la lengua es una serie de subdivisiones contiguas proyectadas a un tiempo en el plano indefinido de las ideas confusas (A) y en el no menos indeterminado de los sonidos (B) (CLG, 159).

Queda claro que esta visión cambia la concepción de la lengua como nomenclatura (conjunto de voces técnicas de una ciencia), concepción que viene del pasaje bíblico en que Adán asigna nombres a las creaturas vivientes, idea apoyada por la filosofía griega,⁹ y sobre todo mantenida por el sentido común y una larga tradición. Se trata de un modelo que podemos llamar referencialista, que asigna un papel decisivo al referente, al objeto en relación al signo. Se trata de una visión cuyo dominio es aplastante y para algunos como única. Sin embargo, Saussure ha querido afirmar, por el contrario, la autonomía de los signos, o de la lengua en relación a los referentes.

¿Cómo se originó esta visión de la autonomía de la lengua que origina a su vez otras visiones de autonomía? Antes de Saussure hubo tendencias en esta dirección. Que el mundo tome forma –al menos en nuestra mente gracias a la acción plasmante del lenguaje, es una tesis que viene de los románticos, en

⁸ De Saussure, F. *Curso de lingüística general*, doceava edición, Fontamara, México p.159. En adelante me referiré a este texto con CLG.

⁹ Aristóteles, *De interpretatione*. 16^a, 3-3.

ella el lenguaje es *energeia* no *ergon* (realización, ejecución). Entonces, el mérito de Saussure es haber relacionado el concepto de “articulación” con el de “sistema”. Y si entendemos la lengua como “el dominio de las articulaciones” (CLG, 160)—definición bella e innovadora, fascinante en el plano conceptual y filosófico—, hay que subrayar el hecho que las articulaciones surgen de manera sistémica: cada signo adquiere identidad en las relaciones que lo distinguen de los otros signos. Porque en un sistema, la identidad de un elemento coincide con su valor (CLG, 163). Y viceversa: valor significa “identidad sistémica”. La identidad del signo es entonces enteramente relacional. El signo está hecho de relaciones. Las articulaciones lingüísticas son autónomas, a diferencia de las ‘naturales’ que están ligadas a la percepción.¹⁰ En sus relaciones horizontales los signos forman “un sistema de valores puros” (CLG, 159), es decir, son definidos por sus recíprocas relaciones. La identidad de un signo es ante todo negativa y diferencial: un signo es en la medida en que no es ninguno de los otros elementos del sistema. Esta característica de los sistemas semiológicos se trasluce con particular eficacia en la escritura (CLG, 168). “En la lengua, dice Saussure, no hay sino diferencias” (*ibid.*) Tradicionalmente la identidad ha sido definida mediante una serie de propiedades. Para los más afianzados hábitos de pensamiento (en que confluyen mentalidad cotidiana y estereotipos filosóficos) atribuir una identidad significa clasificar, como sucede cuando se suele proceder por género, especie, etc., procedimiento por el que se establece que el hombre es un animal racional. Pero esta forma de clasificación no es aceptable en todos los casos, cualquier signo del abecedario, por ejemplo, no se distingue de los otros de esta manera, sino mediante los límites de variación impuestos por el sistema.

Ahora bien, podemos preguntar si en esta propuesta un elemento del sistema tiene alguna existencia (o realidad) fuera de las ejecuciones individuales. Punto que es considerado por el mismo Saussure como difícil y difuso, en

¹⁰ Hay que advertir que la autonomía de las primeras ha inducido a varias suposiciones. Algunos investigadores han sostenido que la lengua determina rígidamente nuestra visión del mundo, sin embargo, esta afirmación es discutida y desmentida, al menos en parte, por una serie de test sobre la percepción.

relación al cual llega a decir que la lengua es ante todo un sistema virtual, un campo de posibilidades, un sistema gramatical que existe virtualmente en cada cerebro o, mejor, en el cerebro de un conjunto de individuos, porque la lengua no está completamente en cada individuo, sino que existe perfectamente sólo en la sociedad (CLG, 40). Por esto es difícil o imposible indicar un concreto lugar donde encontrar la lengua. Algo más, esto nos permite distinguir la importancia que damos a diccionarios, gramáticas y manuales; la realidad de la lengua va más allá de una lista lexical y de reglas.

En el *Curso* hay otras definiciones de lengua que no se contradicen, de ellas la más importante es la ya mencionada: “la lengua es el dominio de las articulaciones”. Con esta definición Saussure se opone a la lengua-contrato y a la lengua-instrumento. La imagen de la lengua como contrato extravía, porque un contrato es un conjunto de convenciones, estipuladas voluntaria y conscientemente por cierto número de individuos. Un contrato se estipula libremente, mientras que no hay esa libertad en el ámbito de la lengua, ésta es algo que se padece (CLG, 109). El signo lingüístico escapa a nuestra voluntad (Ibid.), en esto difiere la lengua de otras instituciones sociales que son determinadas por la voluntad colectiva (como lo es la forma de gobierno en un país...). También se opone a la concepción de la lengua como instrumento porque retoma la idea de la lengua-nomenclatura. La lengua vista como instrumento supone sujetos ya constituidos que la utilizan para designar un mundo de objetos ya constituidos y articulados. Más adelante dirá Heidegger que, por el contrario, somos hablados por el lenguaje. Estas son dos concepciones del signo que deben ser, al menos, redimensionadas después del *curso*: la concepción referencial que vemos plasmada en el triángulo semiótico (símbolo, referencia, referente). Esquema que viene de la filosofía estoica, que embona sin problemas con la definición medieval de signo: *aliquid stat pro aliquo*; misma proposición que fue retomada por Ogden y Richards hace casi un siglo.¹¹ Aunque en su trabajo estos autores cambian la terminología, el significante es

¹¹ Ogden, C., Richards, I. A.. *The meaning of meaning*, Kegan Paul, Londres, 1923.

llamado símbolo y el significado referencia, pero en su concepción de signo se mantiene la preponderancia del objeto al que el signo se subordina. Más recientemente Derrida en su *Gramatología*,¹² retoma el esquema diciendo que las dos caras o mitades del signo, el significante y el significado corresponden a los dos niveles del ser, como estos son indicados en la metafísica greco-latina, que hace referencia a lo sensible y lo inteligible, al cuerpo y al alma (p. 16). En apoyo a su afirmación Derrida cita a Jakobson,¹³ pero el mismo Jakobson cae en una simplificación cuando propone continuidad entre la concepción referencialista estoico-medieval y la teoría saussuriana. En pocas palabras, la definición del signo como “algo que está en lugar de otra cosa” es ajena a Saussure. La autonomía de la lengua en relación a la esfera referencial es uno de los principios fundamentales del *Curso*.

Cabe señalar aquí que este antirreferencialismo que es común a toda la corriente estructuralista no quiere decir que todo es lenguaje, o que los objetos existen sólo como creaciones lingüísticas. Significa más bien el rechazo a un punto de vista que se considera equivocado, porque según éste, las articulaciones lingüísticas serían el reflejo de “articulaciones naturales”, de relaciones ya dadas en lo que llamamos mundo externo. Por el contrario, Saussure reconoce la autonomía de las articulaciones, señala que en su caso se trata de una decisión metodológica que hace posible una prospectiva de estudio del lenguaje.

Parece entonces necesario señalar que Saussure no suprime el referente. Su posición no es ontológica. Suspende más bien provisoriamente la relación lenguaje-realidad para investigar un campo que los filósofos habían ya notado y descrito sólo en sus márgenes, porque su atención la han centrado en las relaciones externas y no en las relaciones entre signos. La propuesta de Saussure no considera el signo como “algo que está en lugar de otra cosa”, lo concibe como el valor que asume en el sistema del que forma parte. Saussure no excluye entonces una semiología que se ocupe del referente y que entreteja

¹² Derrida, J., *De la Grammatologie*. De Minuit, París, 1967.

¹³ Jakobson, R., *Saggi di linguística generale* (1963), Feltrinelli, Milán.

su propio punto de vista con la teoría del conocimiento. Pero en la perspectiva saussuriana esta atención al referente podrá realizarse sólo después de la consolidación de una semiología “inmanente”.

El autor del *Curso* habló ciertamente del signo como de “una entidad psíquica con dos caras”: o bien de la combinación de un concepto y de una imagen acústica, concepción que después reemplaza con los términos significado y significante; pero esto lo hacía en el contexto de la vieja definición de arbitrariedad. Porque en el contexto de la arbitrariedad sistémica afirma:

la idea de valor determinado de este modo nos muestra cuán ilusorio es considerar un término simplemente como la unión de cierto sonido con cierto concepto. Definirlo así sería aislarlo del sistema del que forma parte; sería creer que se puede empezar por los términos y construir el sistema haciendo la suma, cuando que por el contrario es de la totalidad solidaria de la que hay que partir para obtener, mediante el análisis, los elementos que encierra (CLG, 161-2).

Este cambio no implica abandonar términos como el de signo, significante y significado, pero sí requiere cambiar sus viejas nociones.

Hacia el final de la primera parte del *Curso* Saussure dice: “La lingüística se encuentra aquí ante su segunda bifurcación. Primero hubo que elegir entre la lengua y el habla (...); henos aquí ahora en la encrucijada de rutas que conducen, una a la diacronía, otra a la sincronía (CLG, 139). En esa misma página propone un esquema en el que indica la forma racional que debe tomar el estudio lingüístico.

Lo que este autor llama “primera bifurcación”, o la distinción entre *langue* (sistema) y *parole* (proceso, realizaciones) es contemporánea a la formulación del concepto “sistema”. Este concepto y el de “sincronía” están estrechamente ligados, “la lengua es un sistema en el que todas las partes pueden y deben ser consideradas en su solidaridad sincrónica” (CLG, 127); la diacronía corresponde, en cambio, a un conjunto de mutaciones no sistémicas. Saussure estudia la primera y esta decisión es revolucionaria, porque la lingüística científica

anterior era de corte histórico y evolutivo. Comprender un hecho lingüístico antes de la propuesta de Saussure consistía en comprenderlo “históricamente”.

Ciertamente la separación sincronía/diacronía ya se conocía, pero Saussure modifica radicalmente su significado, formula el concepto de sincronía como “sistema de relaciones”, da primacía al estudio de la sincronía. En esta perspectiva sostiene que “la lengua es comprensible y analizable en cuanto constituye un sistema, y el sistema funciona como tal sólo si se le considera desde un punto de vista sincrónico.¹⁴ Ahora bien, si la lengua (*langue*) es sincrónica, la *parole* por el contrario resulta ligada a la diacronía: “Todo lo que es diacrónico en la lengua lo es solamente por el habla. Es en el habla donde se encuentra el germen de todos los cambios” (C.I.G, 139). Cada individuo puede proponer alguna innovación, pero esta se convertirá en hecho de lengua sólo cuando sea adoptada por la colectividad; sólo entonces será estudiada desde un punto de vista sincrónico, en cuanto entra a formar parte del sistema. La diferencia de naturaleza entre términos sucesivos y términos coexistentes, entre hechos parciales y hechos del sistema, impide hacer de unos y otros la materia de una ciencia única (C.I.G, 127). Así inicia la distinción de las dos lingüísticas: la sincrónica y la diacrónica.

La distinción entre paradigma y sintagma es otra especificación también revolucionaria, y lo es todavía más para nuestra área académica, porque ha posibilitado una nueva concepción de la literatura y de su análisis. En esta propuesta que hace Saussure hay dos aspectos principales: el eje paradigmático que es el de selección, mientras que el eje sintagmático es el de la combinación. Esta aclaración permite por primera vez poner a discusión la linealidad del texto y la concepción misma del significado en cuanto es producido y transmitido mediante un desarrollo lineal. El eje paradigmático ofrece la posibilidad de hacer explotar la concepción en que mentalidad cotidiana y lingüística “científica” han sido solidarias, permite la propuesta de una nueva visión del texto y

¹⁴ Cf. Lepschy, *Sulla lingüística moderna*, cit., p. 18.

nuevas modalidades de análisis que, en algunos o en muchos casos, sin saberlo, desarrollamos apoyados en las bases que nos ha dejado este gran lingüista.

¿CUÁL ES LA INFLUENCIA DE SAUSSURE?

Dar una respuesta a la pregunta puede motivar la impresión de ser presuntuoso, es en realidad algo difícil y no considero que con seriedad se intente responderla. Señalo sólo algunos casos, los más conocidos en mi ámbito. Sin duda, las tesis del *Curso de lingüística general* fueron determinantes para el nacimiento del estructuralismo, fenómeno que es considerado como el último gran movimiento filosófico, científico y crítico-literario de la cultura occidental. Su pasión por la teoría era su rasgo distintivo e hizo de ella un objeto de moda, hablar de teoría literaria marcaba una distinción en las décadas de los sesenta y setenta del siglo pasado. Pero desde la mitad de los años ochenta se inició a hablar de post-estructuralismo para indicar una serie de temáticas desarrolladas con el titubeo característico de momentos de transición. Sin embargo, los textos post-estructuralistas hacen referencia frecuente a los grandes *maîtres à penser* de los años de oro del estructuralismo: Althusser, Barthes, Lacan, Foucault, Derrida, Deleuze. Son autores que interpretaron de manera original la problemática estructuralista o se distanciaron de ella, pero después de haber interiorizado sus interrogantes y actitud de investigación. Estos intelectuales pusieron de relieve la revolución conceptual ocasionada por el *Curso*.

Tener una visión más o menos clara de los inicios y desarrollo del estructuralismo es algo complicado, en primer lugar, comprende una pluralidad de posiciones y parece imprescindible tomar en cuenta sus antecedentes inmediatos en los que el formalismo fue de gran importancia, pues contribuyó de manera decisiva en el surgimiento del estructuralismo lingüístico. La cuestión historiográfica de estas relaciones es compleja y todavía poco clara. Se sabe que hubo relación entre el Círculo lingüístico de Moscú y el Opojaz (sociedad para el estudio de la lengua poética). Sabemos que la llegada de Jakobson a Praga contribuye en el nacimiento de una nueva escuela en 1926, en la que

aparece el término estructuralismo en 1929. Se conocen otros datos importantes, lo que interesa mostrar aquí es cómo los problemas de teoría de la literatura se enunciaron de forma novedosa y cuál ha sido la evolución de sus conceptos e instrumentos, conviene mencionar sus intuiciones, las aperturas que ofrecen a la investigación. Cabe recordar algunos aspectos de la vibrante actividad académica de estos investigadores.

Un término central, emblemático, pero problemático es el de “forma”. Su común acepción indica un límite: circunscribe y delimita; este límite (una línea, una superficie) separa un dentro de un afuera: lo que está dentro es el “contenido”, y el contenido existe en cuanto es recibido (hospedado) por una forma. Las nociones “forma/contenido” son de las más difundidas y utilizadas en la crítica literaria y en las lecciones de literatura. Pues bien, si hay una característica de la teoría de la literatura en el siglo xx, es la de rechazar esta pareja. Los formalistas rusos inician este rechazo. Por este motivo estos investigadores no aceptaban la denominación de formalistas. En 1924 Eijenbaum indicaba:

La palabra forma tiene muchos significados, (...) la utilizamos con una acepción particular, no como una especie de correlativo de la noción de “contenido”(…), sino como elemento esencial para el fenómeno artístico, como su principio de organización. No nos ocupamos de la palabra forma, sino sólo de uno de sus matices. No somos “formalistas”, pero sí especificadores¹⁵. Este rechazo indica que, como los formalistas la entienden, la forma que define la obra de arte no es una forma que la ‘envuelve’, no es un recipiente: es un principio de organización que caracteriza de manera dominante, (no exclusiva) a las obras de arte (pintura, literatura, etc.). La teoría debe entenderlas en su especificidad: “No somos ‘formalistas’, somos especificadores”. La “especificidad” de la literatura, la literariedad, no es una propiedad.¹⁶

¹⁵ Cfr. Peter Steiner, *El formalismo ruso* (1984), il Mulino, Bologna 1991, pp. 47-50. La traducción es mía.

¹⁶ Roman Jakobson, *Huit questions de poétique*. Seuil, Paris, p. 16.

La indagación de la especificidad es una cuestión decisiva. Los formalistas ambicionaban fundar, por primera vez, una ciencia de la literatura. Y como cualquier otra ciencia, ésta deberá tener un objeto, claramente definido, pero este objeto no es algo material. Esta noción de propiedad específica hace reconsiderar de manera espontánea la teoría aristotélica de la definición, que es la de mayor vigencia en Occidente. Cuando se trata de definir algo, casi siempre se toma como criterio a Aristóteles. Ahora bien, para este filósofo la metáfora no es simplemente un ordenamiento, así lo expresa en su *Retórica*.¹⁷

Sin embargo, hay que considerar que del legado en las diferentes disciplinas se suele tomar lo que en determinadas circunstancias se necesita. En este punto el pensamiento de Aristóteles ha sido filtrado en la filosofía moderna que generalmente es hostil a la metafísica: se le ha presentado como un esencialista cuando es uno de los pensadores más atentos al fenómeno de la polisemia. Su declaración “El ser se dice de muchas maneras”, casi no ha sido considerada, y su definición por género y especie es la que con frecuencia se menciona. En realidad, a Aristóteles no se le puede confinar al esencialismo y a la metafísica, como lo señala Max Black en un artículo de 1952, se le refiere con frecuencia en matemática. Ahora bien, en cuanto a la literariedad ¿los formalistas buscaban con ella definir un conjunto (clase) en que serían incluidos sólo textos literarios, excluyendo los no literarios? En primera consideración de la pregunta se puede pensar que este objetivo es ingenuo; ya he mencionado la simplicidad filosófica de Jakobson, pero hay que admitir que este intento ha puesto en movimiento investigaciones de extraordinaria importancia. Partiendo de un postulado discutible, característico de la estética romántica, los formalistas fueron, dice Todorov,¹⁸ los inventores de una nueva ciencia de los discursos. Estos investigadores reanudan el proyecto planteado por la *Poética* y la *Retórica* de Aristóteles, retoman planteamientos cuyo objetivo son las formas del discurso y no las obras particulares.

¹⁷ Aristóteles. *Retórica*, III, 1412a-1015.

¹⁸ Tzvetan Todorov, *Crítica de la crítica*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires 1991, p. 30.

La literariedad, entonces, no es una propiedad, no es una cualidad, es un principio de organización. Tomachevski señala que en el estudio de los fenómenos no se necesita una definición *a priori* de esencias. Sólo es necesario captar sus manifestaciones.¹⁹ Probablemente no todos los formalistas estarían plenamente de acuerdo con esta declaración fenoménica, pero en otros campos de estudio se acepta, al respecto, Freud señala que

Con frecuencia se presenta la exigencia de que una ciencia sea construida en base a conceptos claros y exactamente definidos. En realidad, ninguna ciencia, ni la más exacta, tiene origen de una definición así. El inicio correcto de la actividad científica consiste más bien en la descripción de fenómenos, que después son progresivamente reagrupados, ordenados e interrelacionados. En el curso de la descripción no se puede evitar el aplicar, en relación al material dado, determinadas ideas abstractas.²⁰

De manera que la pregunta ¿qué cosa es? Puede entenderse como un pedido de definición, no necesariamente como un pedido de esencia. De esta manera, la pregunta ¿qué cosa es la literatura? es contestada por Sklovski y Jakobson con dos sugestivas metáforas. Sklovski responde que es una construcción verbal artificial (el movimiento del caballo en el ajedrez ejemplifica esta convención). Se trata de una definición en forma de metáfora, pero con función heurística: actúa como un estímulo para nuevas investigaciones, invita a estudiar en la obra literaria los procedimientos de construcción. La respuesta de Jakobson implica la distinción entre literatura y literariedad. Esta última no es un elemento o una propiedad, es algo que opera como un principio organizador. Entendida como principio organizador, la literariedad es, entonces, ajena a la función que de ella se pudiera esperar, la de marcar un límite claro entre literatura y no-literatura.

¹⁹ Boris Tomachevski, en P. Steiner, *Il formalismo russo*, cit., pp. 27-28.

²⁰ Freud, S., Pulsioni e loro destini, 1915, en *Opere*, vol VIII, Boringhieri, Torino 1967, p. 13.

La literatura tiene su especificidad en la medida en que puede ser considerada lenguaje autónomo. Pero autonomía, como decía Jakobson, no es “autosuficiencia” o separación de la sociedad o de la vida: “La función poética, la poeticidad (...) es un elemento *sui generis* que no se puede reducir mecánicamente a otros elementos. Es necesario desnudar y hacer autónomo este elemento, como son desnudados y considerados autónomos los procedimientos técnicos, por ejemplo, en las telas cubistas”.²¹ Se trata, entonces, de poner al desnudo un principio organizador. Es verdad que ese aspecto se expresa necesariamente mediante técnicas y procedimientos, pero no es reducible a su simple presencia. Jakobson menciona la “no-mecanicidad” de la función poética. En este orden de ideas, las dos preguntas formalistas: ¿cómo está hecha una obra?, ¿cómo funciona? deben considerarse relacionadas. La primera puede ser limitada a denotar la presencia de determinadas técnicas en un artefacto, pero en esa indicación es decisiva su relación con la segunda pregunta que invita a indagar cómo funciona el texto en su organización. Se trata de un principio heurístico, es una orientación en la investigación. En este caso, quien se limita a la primera pregunta se expone a las banalidades del empirismo. Sus consecuencias son de peso, porque de descripciones aparentemente neutras se pasa con facilidad a la manipulación ideológica. Por otra parte, la respuesta a la segunda pregunta no es de carácter metahistórico o esencialista. En ella no sirven las definiciones *a priori* y lo que verdaderamente cuenta es el análisis de la obra singular, porque de cada análisis puede surgir un resultado importante, nuevo.

Queda claro que estudiar el lenguaje literario en su autonomía es, ante todo, un programa metodológico. Esta autonomía, en la misma corriente formalista y después de ella, fue vista como una declaración de estética. Para entender esta tendencia ocurre un amplio trabajo que abarque el entrelazamiento de aspectos metodológicos y filosóficos en un contexto en que

²¹ Roman Jakobson, *Che cos' è la poesia* (1933-34), en *Poética e poesia*. Einaudi. Torino 1985, p. 52.

las vanguardias artísticas (Simbolismo, Futurismo...)²² y las circunstancias políticas (a partir de la Revolución de Octubre) han ejercitado una influencia determinante. El propósito aquí se circunscribe a señalar las líneas principales que definen la teoría de la literatura en la corriente formalista, resaltando su fecundidad, pero también indicando sus limitaciones. Con frecuencia prevaleció la opción de condicionar la segunda pregunta a la primera, a la ‘empírica’, a la que es más fácil responder. En esta elección, tanto el trabajo “Cómo está hecho el capote de Gogol”²³ y también “Cómo está hecho Don Quijote”²⁴ han sido tomados como ejemplos donde la descripción del artefacto no es integrada de manera adecuada en el análisis de cómo funciona.²⁵ No obstante, son trabajos pioneros, con ellos y otros más el estudio de la literatura entra en una nueva fase, con ellos nace propiamente la moderna teoría de la literatura.

En el intento de explicar las diferencias entre lenguaje literario y no literario, los formalistas pondrán cada vez más el acento en la sistematicidad en el estudio del texto literario, en la obra vista como sistema de signos; esta es la tendencia que retoma y desarrolla el estructuralismo de Praga. En esta perspectiva es central la consideración de que un signo establece una relación entre el plano del significante y el del significado. En consecuencia, una visión lingüística y por tanto semiótica de la obra literaria no justifica la atención exclusiva a uno de los dos planos, esto se haría en detrimento del otro. Entonces, después de haber descrito inicialmente la autonomía del texto literario su autorreferencialidad, privilegiando al significante (sonidos, ritmo), los formalistas adoptan un punto de vista más amplio. El énfasis en

²² En este período Eijenbaum ve en el “lenguaje transmental” la expresión más trabajada de la doctrina autotética: la tendencia de los futuristas al “lenguaje transmental” como un despojamiento extremo del valor autónomo”. Ver “La teoría del método formal”, en T. Todorov, (comp) *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1976, p. 38.

²³ Boris Eijenbaum, (1927) *Come è fatto il “cappotto” di Gogol*, en T. Todorov, (Comp), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos. cit.*, p. 159-176.

²⁴ Victor Schlovski, (1975) “*Com’ è fatto il Don Chisciotte*”, en *Teoría della prosa*, Einaudi, Torino 1975, pp. 101-41.

²⁵ Cfr. Bottirolì, G., *Che cos’ è la teoria della letteratura*, Einaudi, Torino 2006, pp. 50-51.

el significante derivaba del entretorse de reflexión crítica y experimentación literaria, característica de este periodo de gran vitalidad en la cultura rusa. En estos años se elabora la teoría mencionada del arte como “lenguaje transmental” (zaum’), lenguaje en que el significante aspira a liberarse del significado y emprende este desafío imposible: la poesía reducida a sonidos y letras.²⁶ En tiempo de pocos años se abandonó la concepción transmental y en adelante la atención a la especificidad de la literatura se centrará en la fuerza y fecundidad de sus relaciones internas, en un tejido organizado que no puede excluir la dimensión semántica.

He intentado una visión muy general del movimiento formalista. Una detenida consideración de la producción de sus principales representantes comprendería mucho más, como los diferentes programas de investigación por medio de tropos, la metáfora y la sinécdoque, estudiar la obra vista como máquina (Shklovski), como organismo (Propp), como sistema (Tinianov) o como lenguaje (Jakobson), trabajo que queda muy distante de este esfuerzo por recuperar puntos importantes que han conformado mi visión de su aportación a una visión de la teoría literaria. Por lo tanto, en este esbozo de cartografía personal no puede faltar la mención a lo que se ha distinguido como sus limitaciones. La crítica más frecuente es que estos investigadores se dedicaron al estudio de las leyes inmanentes del texto literario dejando en el olvido su dimensión pragmática –tanto en relación al rol activo del lector en la comprensión del texto, cuanto en relación a la evolución del gusto y a la realidad histórica de contextos de recepción– y devaluando la dimensión semántica. Crítica que por cierto en algunos casos es incorrecta, en otros es no pertinente, pero en otros más es válida. Eichenbaum en su *Teoría del método formal* expresa de manera sintética una aclaración:

podemos hablar únicamente de algunos principios teóricos sugeridos por el estudio de una manera concreta y de sus particularidades específicas y no por tal o cual sistema acabado, sea metodológico o estético. (...)

²⁶ Cfr., Tzvetan Todorov. *Crítica de la crítica*, cit., p. 17.

En nuestro trabajo científico, apreciamos la teoría sólo como hipótesis de trabajo con cuya ayuda se indican y comprenden los hechos: se descubre el carácter sistemático de los mismos gracias al cual llegan a ser materia de estudio. (...) No existe ciencia acabada, la ciencia vive venciendo errores y no estableciendo verdades.²⁷

Pero, como pregunta la crítica, ¿de qué especificidad se trata? Porque para que se justifique la creación de una nueva disciplina, esta especificidad tendría que ser de la misma naturaleza en todas las instancias de lo que se reconoce como perteneciente a la literatura. Ahora bien, el atento análisis de las “obras en sí mismas” - hecho posible por la hipótesis de la especificidad literaria - revelará a los formalistas que dicha especificidad no existe o, con mayor exactitud, no tiene existencia universal o eterna; la tiene únicamente en la medida en que esté circunscrita tanto histórica como culturalmente; por esto precisamente, la definición mediante el autotelismo es indefendible. En efecto, los formalistas se vieron conducidos a renegar de su punto de partida²⁸, porque la habían utilizado como hipótesis de trabajo. Sus presupuestos románticos paradójicamente los llevan a conclusiones opuestas.

En fin de cuentas, lo que permanece es el “hecho literario”, pero como categoría histórica, no filosófica, y en relación con los otros géneros del discurso y con la realidad. La reflexión formalista ha mostrado que la literatura no encuentra su fin en sí misma. De otro modo, no se llega a entender por qué a veces se la teme y algunos Estados han pretendido hasta reglamentarla. Para los fines que aquí se persiguen, queda claro que la contribución formalista ha sido de grandes implicaciones y posibilidades en los estudios literarios y en consecuencia en la docencia. Podemos decir que con la *Morfología del cuento*, por ejemplo, nace la narratología, ese sector de la semiología (o semiótica) que tiene como objeto de estudio los mecanismos narrativos. Si bien el término narratología no es mencionado por Propp, no hay duda de que su obra da

²⁷ Eichenbaum, B., *La teoría del “método formal”*, en Todorov, T., *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, cit., pp. 21-22.

²⁸ Todorov, T., *Crítica de la crítica*, cit., p. 31.

origen a una nueva disciplina. El sistema unitario compositivo de Propp es considerado por muchos de ascendencia saussuriana. Por su parte, Tinianov retoma la lingüística de Saussure y le permiten hacer propuestas y modificaciones de gran importancia, en virtud de las cuales se le considera, junto con Jakobson, como el iniciador del estructuralismo en el ámbito de la literatura, guiado por una metáfora-concepto: el de sistema. El análisis sincrónico de un texto es una gran aportación, es un procedimiento metodológico que confiere a los fenómenos una inteligibilidad que el punto de vista diacrónico no afronta ni puede alcanzar. Muchos seguidores de Saussure han interpretado de manera apresurada el dominio de la sincronía como una devaluación de la diacronía. La novedad de Tinianov y Jakobson en relación a Saussure consiste en afirmar la sistematicidad de la evolución, la hacen inteligible. La diacronía es inteligible no porque sea redescubierta la validez de la explicación causa/efecto (usada con frecuencia por los historiadores), sino en cuanto es susceptible de análisis sistémico. De esta manera vemos que se da la reconciliación entre sincronía y diacronía.

Mientras que una definición firme de la literatura se vuelve cada vez más difícil, cualquier contemporáneo nos señalará con el dedo lo que es un hecho literario, [...]. El contemporáneo que ha presenciado una o dos o hasta más revoluciones literarias, al envejecer notará que, en su tiempo, semejante acontecimiento no era un hecho literario, mientras que ahora ha llegado a serlo; e inversamente.²⁹

Proust dirá muchos siglos después de Aristóteles en *Contre Sainte-Beuve*: “Les beaux livres sont écrites dans une sorte de langue étrangère”.³⁰ El fenómeno literatura existe, la explicación que de él alcanzamos es incompleta y quebradiza.

²⁹ Cfr., T. Fodorov, *Crítica de la crítica*, cit., p 31.

³⁰ Marcel Proust, *Contre Saint-Beuve*. P. Clarac, Y. Sandre (eds.) 1971; trad.it. Einaudi, Torino 1984, p 108.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles, *Grillo o Sulla retorica*, trad. it. de Giovanni Reale, Bompiani, Milán, 2000.

Aristóteles, *De interpretatione*, Marcello Zanatta (ed.), Rizzoli, Milán, 1992.

Bottiroli G. (2006) *Che cos'è la teoría della letteratura*, Einaudi, Torino.

Bubner, Rüdiger, (2010) *Acción, historia y orden institucional. Ensayos de filosofía práctica y una reflexión sobre estética*, Fondo de Cultura Económica de Argentina y Universidad Autónoma Metropolitana.

De Mauro, Tullio, (1970) *Introduzione e commento a F. de Saussure. Corso di linguística generale*, Laterza, Bari.

Derrida, J. (1967) *De la Grammatologie*, De Minuit, Paris.

De Saussure, F. (1916) *Curso de linguística general*, doceava edición, Fontamara, México.

Forest, Philippe (2001) *Le roman, le je*. Editions Plein Feux, Paris. Trad. It. de Gabriela Bosco *Il romanzo, l'io. Nella vertigine dell'identità*, RCS libri, Milano 2004.

Freud, S., (1915) *Pulsioni e loro destini*, en *Opere*, vol. VIII, Boringhieri, Torino 1967.

Jakobson, R. (1963) *Saggi di linguística generale*, Feltrinelli, Milano.

Jakobson, R. (1977) *Huit questions de poétique*, Seuil, Paris.

Lepschy, C. Giulio (1989) *Sulla linguística moderna*, Il Mulino, Bologna.

Ogden, C., Richards, I. A. *The meaning of meaning*. Kegan Paul, London.

Schlovski, V. (1925) *Teoria della prosa*, Einaudi, Torino.

Steiner, Peter (1984) *Il formalismo russo*, Il Mulino, Bologna.

Todorov, T. (2002) *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, Siglo XXI, México.

Todorov, T. (1991) *Crítica de la crítica*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires.

Toluca, enero de 2016.